

de España con el título de duque, y lo que era mas de apreciar para él, la gloria y reputacion de gran capitán que ganó con victoria tan completa y decisiva. Y tan definitiva fué, que todas las demás plazas del reino guarnecidas por alemanes se fueron sucesivamente rindiendo. La de Gaeta fué asediada y tomada por el mismo Carlos. El general austriaco Traun, testigo de las conquistas y de los progresos de los españoles, se habia refugiado en Capua, pero habiéndose rendido esta ciudad por capitulacion (22 de octubre, 1734), y quedado él mismo prisionero, fué trasportado con toda su gente á Manfredonia, donde se embarcó para Trieste. La rendicion de Capua puso el sello á la conquista de Nápoles, y aseguró á don Carlos la posesion de aquel reino (1).

Tan pronto como se conceptuó asegurada la recuperacion de Nápoles, pensóse en la de Sicilia, la cual ofrecia todas las probabilidades de que no habia de ser ni costosa ni larga, porque los mismos naturales, nunca resignados con la dominacion austriaca, habian enviado diputados á don Carlos instándole á que aprovechase la ocasion de recobrar la isla y libertarla del yugo alemán. Habíase recibido de España millon y medio de pesos: y con esto, y con no ser ya necesarias tantas tropas en Nápoles, pues solo bloqueada, partió de aquel puerto la expedicion (21 de agosto, 1734), compuesta de cinco navíos de guerra, cinco galeras, dos balandras y trescientas tartanas, con diez y ocho mil infantes y dos mil caballos, al mando del duque de Montemar. El 25 tomó este general tierra en Solanto, donde fué á presentarse el senado de Palermo, y le prestó homenaje de fidelidad y le acompañó en su entrada en la capital de la isla (1.º de setiembre). Tan favorable se mostró el espíritu de los sicilianos á los españoles, que no se necesitó mas tiempo para apoderarse del reino que el que seria necesario para recorrerle. A fines de noviembre solo quedaban á los imperiales la ciudadela de Messina y las plazas de Trápani y Siracusa, situadas á los extremos de la isla. Calculó el de Montemar que sin necesidad de sitio, y con solo tenerlas bloqueadas, no tardarian en rendirse, y así sucedió: de modo que en muy corto espacio de tiempo no quedó en toda la Sicilia ni un solo alemán. Y no contemplándose ya necesaria la presencia de Montemar en ella, en virtud de órdenes que recibió de España se restituyó á Nápoles, donde habian de acordarse las medidas y disposiciones para que pasase con veinticinco mil hombres á Lombardía á unirse con el ejército sardo-francés y ayudarle á sostener allí la campaña.

En tanto que con esta facilidad recobraban los españoles para el rey Católico sus antiguos dominios de las Dos Sicilias, ardía una guerra viva y sangrienta en Lombardía, en el Rhin y en Polonia, sostenida por ejércitos poderosos, polacos y rusos, imperiales, franceses y sardos, mandados estos últimos por el rey de Cerdeña en persona, los otros por los mejores y mas veteranos generales de cada Estado; guerra en cuyos pormenores no nos pertenece entrar (2). Fueron en ella famosos los dos sitios de Philisburg y de Dantzick, y las dos sangrientas batallas de Parma y de Guastalla. En estas perecieron multitud de bravos generales y de muy ilustres guerreros, así alemanes como saboyardos y franceses; entre ellos el esclarecido duque de Berwick, que tan señalados servicios habia

(1) Memorias políticas y militares, tomo IV.—Beccatini, Vida de don Carlos, lib. I.—Ojeada sobre los destinos de los Estados italianos.

(2) Los sucesos de aquellas ruidosas guerras pueden verse en las historias de Italia, de Alemania y de la Casa de Austria, en las Gacetas de aquellos años y en muchas Memorias y relaciones particulares que se publicaron de los principales sitios y batallas. De entre los escritores españoles parecen que ninguno las trata con mas extension y con mas orden que don José del Campo-Raso en sus Memorias políticas y militares para servir de continuacion á los Comentarios del marqués de San Felipe.

Sin embargo, respecto á la campaña de los españoles en Italia, da tambien muy curiosas y circunstanciadas noticias un manuscrito contemporáneo que se conserva y cuyo título es: «Marcha que hizo el ejército de Su Majestad Católica, y funciones en que se ha hallado en las provincias de Italia bajo el mando y orden de S. A. R. don Carlos de Borbon, generalísimo en los reinos de Nápoles, y prudencia del Excmo. señor duque de Montemar, en los años de 1733 hasta principios del de 1737.»

hecho en España en las guerras de sucesion, el vencedor de la batalla de Villaviciosa, que afirmó la corona de Castilla en las sienes de Felipe V: pero en aquellas batallas la pérdida habia sido casi igual, y no decidieron nada, como que las celebraron á un tiempo en Viena, en Turin, en Paris y en Madrid. El sitio y toma de Philisburg por los franceses causó una sensacion general de admiracion en toda Europa, y paralizó las operaciones, mirándose los enemigos con tal respeto que ni unos ni otros se atrevian á llegar á las manos. El de Dantzick dió por resultado el perder segunda vez la corona de Polonia el rey Estanislao, suegro y protegido del rey de Francia, y hacerla pasar á las sienes del Elector de Sajonia, pariente y protegido del emperador, reduciéndose con este motivo á su obediencia la mayor parte de los grandes de Polonia, y reconociéndole por rey legítimo con el nombre de Augusto III.

Veian ya con disgusto las potencias marítimas los progresos y desastres de esta guerra, temian sus consecuencias, recelaban del demasiado engrandecimiento de la casa de Borbon, deseaban mantener el equilibrio europeo, y satisfacer por una parte al emperador que se quejaba de que permitieran arrebatarle los Estados de Italia que en otro tiempo le habian ayudado á adquirir, y por otra parte reparar el honor de la Francia ofendido en la persona del rey Estanislao. Por eso Jorge II de Inglaterra habia indicado ya á las potencias beligerantes la necesidad de la paz, de que se ofrecia á ser mediador, lo cual motivó secretas y frecuentes conferencias en Madrid, Paris y Turin. Pero España proseguia su marcha, y Felipe V ordenó á su hijo Carlos que pasara inmediatamente á Sicilia á hacerse reconocer y jurar de sus nuevos vasallos, como así se verificó (enero, 1735). Y rendidas que fueron las tres únicas plazas que faltaban, pasó á Palermo donde se coronó con toda pompa y magnificencia (3 de julio, 1735). El duque de Montemar, que habia ido con sus veinticinco mil españoles á invernar á Toscana, unióse en la primavera con los aliados para acabar de arrojar de Italia á los imperiales. El ejército de los aliados en esta campaña no bajaria de ciento treinta mil hombres; mucho menor era el de los imperiales, y aunque le mandaba un general tan entendido, activo y diestro como Koningseg, no le fué posible resistir á fuerzas tan numerosas, ni mantenerse en Lombardía, y tuvo que pasar el Adige y retirarse á los confines del Tirol, quedando así desbarazados los aliados para poner sitio á Mantua y la Mirandola. El bloqueo de Mantua (julio, 1734) costaba á España inmensos dispendios, y Montemar se quejaba de la lentitud de los aliados en apretar el sitio. Suscitáronse discordias entre los generales de las tres naciones, y veíase claramente que no entraba en las miras del rey de Cerdeña que aquella gran plaza, que se consideraba como la llave de Italia, perteneciera al monarca español, ya demasiado poderoso. Francia presentaba tambien obstáculos, porque su plan era ya obligar á España á entrar en los tratados de paz; y así, aunque se hablaba mucho del ataque de Mantua, no llegaba nunca el caso de realizarle.

Las dos potencias marítimas, Inglaterra y Holanda, sin dejar de instar á los príncipes beligerantes á que aceptaran su mediacion para la paz, se prepararon con grandes armamentos á hacer respetar su proposicion, y aun tomaron una actitud y un lenguaje amenazador, para el caso de no admitirla, tal como de atacar unidas los establecimientos españoles y franceses de las dos Indias, lo cual no dejó de imponer y amedrentar al circunspecto y prudente cardenal Fleury. Y como este anciano ministro prefiriera dejar una memoria honrosa de su ministerio con alguna nueva adquisicion para la Francia á exponer la nacion á nuevos riesgos por mar con dos potencias poderosas, pensó en las ventajas que podria sacar de la paz, á cuyo efecto entabló negociaciones secretas y privadas con la corte de Viena, haciendo su agente íntimo La Baume lo que en otro tiempo habia hecho el baron de Riperdá. El resultado de estos tratos, en que no tuvo participacion otra potencia alguna, fué el ajuste de unos preliminares (3 de octubre, 1735), en que se acordaron los puntos siguientes: 1.º El rey Estanislao renunciaria al trono de Polonia, conservando el título de rey; poseeria durante su vida el ducado de

Lorena, el cual á su muerte se incorporaria definitivamente á la corona de Francia: 2.º Para indemnizar á los futuros duques de Lorena se les daría como compensacion la Toscana despues de la muerte del gran duque Juan Gaston, y para seguridad de esta sucesion evacuarían las plazas de Toscana los españoles, y entrarían á guarnecerlas seis mil imperiales: 3.º El emperador renunciaria los reinos de Nápoles y Sicilia á favor del infante español don Carlos, renunciando este á su vez sus pretensiones á Toscana, Parma y Plasencia: 4.º Los ducados de Parma y Plasencia se cederían al emperador para reunirlos con el de Milan con la obligacion de no pretender jamás del papa la desmembracion de Castro y Roucillon: 5.º Se dejarían al rey de Cerdeña los dos distritos del Tesino, y los feudos de la Longha y el de Novarés y Tortonés (1).

Cuando el duque de Noailles, general de las tropas francesas en Lombardía, anunció al de Montemar el convenio hecho entre su soberano y el César, y que no podia auxiliarse contra los alemanes, por mas que el general español se mostró sereno y firme, negándose á admitir la tregua que le proponia mientras no recibiese órdenes terminantes del rey su amo, harto conoció que la escena habia cambiado enteramente, y que no era posible sostenerse solo en aquel país contra todas las fuerzas del Imperio. Resolvióse, pues, á reparar el Pó, y se retiró á Bolonia, donde todavía le alcanzó un destacamento de húsares alemanes, y se vio forzado á acelerar su marcha á Toscana.

Excusado es decir con cuánto dolor y cuánta indignacion recibiría la reina Isabel Farnesio de España la noticia de un convenio que la humillaba hasta obligarla á hacer el mayor de todos los sacrificios, el de la cesion de la herencia paterna, precisamente cuando se lisonjaba con la idea de colocar en aquellos Estados á su segundo hijo Felipe, una vez establecido Carlos en Nápoles y Sicilia (2). Tambien el rey vió con harto pesar la falta de confianza de Luis XV su sobrino, en haber efectuado el convenio sin participacion de la España; y el ministro Patiño no podia dejar de resentirse del papel desairado que en este negocio hacia. Repugnaban por tanto acceder á los preliminares de Viena, y pusieron todo género de reparos y dificultades al curso de la negociacion. Dirigiéronse á las potencias marítimas y á Francia como á las responsables de un tratado que tanto lastimaba el orgullo español y el amor propio de los reyes. Y aunque pudieron convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, porque Inglaterra insistia en la evacuacion de Toscana, y Francia rehusaba intervenir como mediadora en un negocio que ella misma habia de propósito arreglado, todavía tuvieron intenciones y estuvieron á punto de romper otra vez las hostilidades, aunque se quedaran solos.

No eran solamente los monarcas españoles los que sentían las reparticiones de aquel ajuste, que como observa un historiador italiano, traía á la memoria la medalla de Trajano con el lema: *Regna assignata*. Sentíanlo no menos que ellos los naturales de Parma, Plasencia y Toscana, que con tanto gusto habian recibido al príncipe Carlos, y generalmente eran tan afectos á los españoles como aborrecían á los alemanes, ya por la mayor analogía y conformidad de sus costumbres y aun de su idioma con las de aquellos, ya por el temor que les inspiraba el duro gobierno de los austriacos, ya porque bajo el dominio del duque de Lorena esperaban ver reducidos sus Estados á una provincia del Imperio, sin leyes, tribunales ni magistrados propios. Era, pues, general el dolor de perder al príncipe Carlos, muy querido de los parmesanos, no obstante el poco tiempo que habia vivido entre ellos.

Pero su suerte estaba decidida. Abandonado Felipe V por los aliados, especialmente por la Francia; amenazadas las costas de sus dominios por una escuadra inglesa, tuvo al fin que acceder, aunque con pesar y repugnancia, á los preliminares de Viena (18 de mayo, 1736). En su virtud el emperador Carlos VI de Alemania envió el acta de cesion de los reinos

(1) Historia de la Casa de Austria.—Rousset, Colec. de actas y documentos oficiales.—Beccatini, Vida de Carlos III, lib. I.

(2) El embajador inglés Keene en carta al duque de Newcastle (21 de noviembre, 1735) da algunos pormenores del modo como manifestó su disgusto la reina.

de Nápoles y Sicilia en favor de Carlos de Borbon, y á su vez Felipe V y su hijo Carlos expidieron la del ducado de Parma y Plasencia en favor del César, y la del gran ducado de Toscana en beneficio de la casa de Lorena, cuyos instrumentos se canjearon en Pontremoli en la Lugniana Florentina (diciembre, 1736). A consecuencia de este arreglo el ilustre vencedor de Bitonto abandonó el país en que habia recogido tantos laureles, y regresó á Madrid por Génova; y al paso que las tropas españolas evacuaban las plazas de Toscana iban ocupándolas los austriacos. A pesar de esto, todavía el infante don Carlos continuó por muchos años reclamando sus derechos á los bienes alodiales de la casa de Médicis y haciendo protestas en Viena y en Florencia.

Para obtener el reconocimiento del papa como rey legítimo de las Dos Sicilias mandó al ministro de España en Roma que presentara en su nombre al Santo Padre la hacanea y el tributo de siete mil escudos que los soberanos de Sicilia acostumbraban á pagarle todos los años el día de San Pedro en testimonio del feudo y de la investidura pontificia. Pero al mismo tiempo hizo presentar el emperador de Austria el propio tributo. Este negocio de las dos presentaciones no dejaba de poner en harto grave compromiso al papa Clemente XII, el cual para evadirle nombró una junta de ocho cardenales que le aconsejara lo que debería hacer. La junta opinó que mientras don Carlos no estuviere universalmente reconocido, debería S. S. seguir admitiendo el tributo del César. Protestó altamente el embajador de España contra este proceder de Roma, y mucho se temió ya que los reyes de España y de Nápoles tomaran de aquí ocasion para abolir la ceremonia de la hacanea, ó lo que era igual, para declarar el reino de las Dos Sicilias totalmente independiente de la Santa Sede. Sin embargo redújose á seguir las protestas por una parte, y la indecision de la corte romana por otra (3).

## CAPITULO XX

## Guerra marítima entre Inglaterra y España

DE 1736 Á 1741

Nuevas disidencias entre España y Roma.—Sus causas.—Salida de embajadores y de nuncios de ambas cortes.—Término de estas discordias.—Muerte del ministro español Patiño.—Sus excelentes prendas.—Grandes beneficios que debió España á su administracion.—Como y entre quiénes se distribuyeron sus ministerios.—Muerte del gran duque de Toscana y sucesion del de Lorena.—Cuestiones mercantiles entre Inglaterra y España.—Espíritu de ambos gobiernos y de ambos pueblos.—El de las Cámaras de Inglaterra.—Negociaciones.—Convencion del Pardo.—Ofenden á Felipe V las peticiones del parlamento británico.—Mutuas exigencias rechazadas por ambas cortes.—Declaracion de guerra.—Escuadra inglesa en Gibraltar.—Presas que hacen los armadores españoles.—Lleva la Gran Bretaña la guerra á las posesiones españolas del Nuevo Mundo.—Grande escuadra del almirante Vernon.—Esperanzas de los ingleses.—Previsiones de los españoles.—El comodoro Anson.—Atacan los ingleses á Cartagena de Indias.—Retranse derrotados.—Frústranse otras empresas contra la América española.—Ataca Vernon la isla de Cuba, y se retira en deplorable estado.—Tristeza, descontento é indignacion en Inglaterra.—Pérdidas que sufrió en esta guerra la Gran Bretaña.

Habian ocurrido en este tiempo sucesos desagradables, que produjeron nuevas desavenencias y escisiones entre las cortes de España y Roma. El ejército español de Nápoles y Toscana habia sufrido bajas considerables por las enfermedades, las deserciones y la guerra; para cubrir las fueron enviados varios oficiales á establecer banderas en algunas ciudades de los Estados pontificios con objeto de reclutar y alistar gente; pero hacían los enganches, no admitiendo á los que voluntariamente se presentaran, sino con amenazas y con violencias, y cometiendo todo género de desmanes, vejaciones

(3) Beccatini, Vida de Carlos III, lib. I.—Es lástima que no se hayan encontrado los cuadernos que sin duda escribió el autor de las Memorias políticas y militares correspondientes á los años 36 al 41 de este reinado, por mas diligencias que para ello se han practicado, segun nota del editor. Hácese muy sensible este vacío en unas Memorias tan luminosas como las del Continuador del marqués de San Felipe.